



Mercado Central de Alicante.

MAÑANA DE MERCADO

■ IÑIGO DE ARANZADI

Para F. de Linazasoro

Está bien, voy para allá. No. Sí, claro que sí, te acompañaré al mercado. Por supuesto que lo hago muy a gusto. Bien. Sí... Que sí. Otro para ti. Hasta luego, Filo.

- Colgó. Salíó de la cabina telefónica. Miró hacia el mar y se le quedó prendida en los ojos la mañana de mayo. El castillo de Santa Bárbara a su espalda y la playa del Postiguet a su frente, el aire alicantino sobrevolaba nitido sus transparencias por encima del puerto y acercaba la isla de Tabarca casi hasta la arena pisada por multitudes de gentes ávidas de sol.

Los ancianos (japoneses, ingleses, alemanes, franceses, italianos y, por supuesto, españoles de la "tercera edad") lo invadían todo. Unos jugaban a la petanca, otros al badminton, otros a un minitenis con paleta de ping-pong y, dentro de un cerco casi circular construido con piedras de la playa por los mismos usuarios, asiduos sesentones en bañador y algunos en camiseta, barajaban, repartían, recogían cautelosamente y contemplaban impávi-

dos y a escondidas unas sobadas cartas francesas.

A la izquierda estaba su casa frente a la estación del "tren" del ferrocarril de vía estrecha que recorría la costa unas veces hasta Benidorm y otras hasta Denia, dependía de los días. Separaba la casa de la estación la carretera a la Albufereta y a San Juan.

Dentro de la estación, jóvenes en pantalón corto, mochila al hombro y pendiente a la oreja izquierda, esperaban la llegada del tren con los billetes en los labios, junto a muchachas en escasa minifalda, piernas bonitas y talle adolescente.

En la casa, en una terraza de la octava planta, Filo miraba hacia el mar. Hacia allí se dirigió, a paso pausado, tranquilo.

- Ya está Filo esperando, se dijo el hombre. Y continuó por la acera de la estación esperando la ocasión de atravesar la carretera cuando el tráfico automovilístico se lo permitiera.

- La verdad es que está joven, se decía pensando casi en voz alta. Y hoy, como cada martes, la acompañaré a la ciudad; iremos al Mercado andando pausadamente, sin ninguna prisa.



Filo era la mujer mejor dotada para la cocina que había pasado por Chile primero y luego por México. Había huido a Francia, cuando la guerra civil, con Matías, un ex-jugador del Real Unión de Irún de los primeros tiempos campeones, después comandante del ejército de la República, del que se enamoró perdidamente. Educada en una familia acomodada de Irún de los primeros años del siglo, había estudiado piano, varios idiomas, leyó cien libros al año y había aprendido a bordar y a cocinar. De todo ello, cuando vino la guerra y tocó a exiliarse, le valieron en principio los idiomas. Pero cuando llegaron, Matías y ella, a Santiago de Chile, donde se casaron, pusieron un restaurante modesto en el que se comía tan exquisitamente, que pronto se puso de moda. A poco, lo remodelaron, ampliaron, decoraron, y no había santiaguino que se preciara de tal que no fuera a comer un bacalao al pil pil al comedor de Filo que Matías bautizara con el nombre de Pimpilimpauxia, que significa mariposa. Todavía se recuerda en Santiago el lugar donde mejor se comió en la ciudad andina en los años cincuenta.

Vendieron el restaurante y decidieron ir a México, donde montaron un romántico parador cerca de Michoacán, en las orillas de la Balsa de Arteaga, al oeste de Sierra Madre del Sur, a unos pocos kilómetros de Playa Azul y a un extremo de la Bahía de Petacalco. El servicio del albergue gustó por la amabilidad y el trato dados pero, como siempre, la cocina de Filo cautivó, la notoriedad se desparramó por el país y caravanas enteras de españoles bienacomodados, de mexicanos y de extranjeros iban a pasar sus fines de semana al ya famoso "Hotel de Filo" en Michoacán.

El hombre subió a la octava planta del edificio La Marina a buscar a Filo. Alegre y risueña, como siempre, tranquila y apacible, como era su talante, optimista y jovial, nadie pensaba, al verla, que rondaba los noventa años.

- Hola, hoy te has retrasado. Habrás estado mirando las piernas de las turistas, pícaro. Yo en eso ya no te puedo dar indicaciones, voy

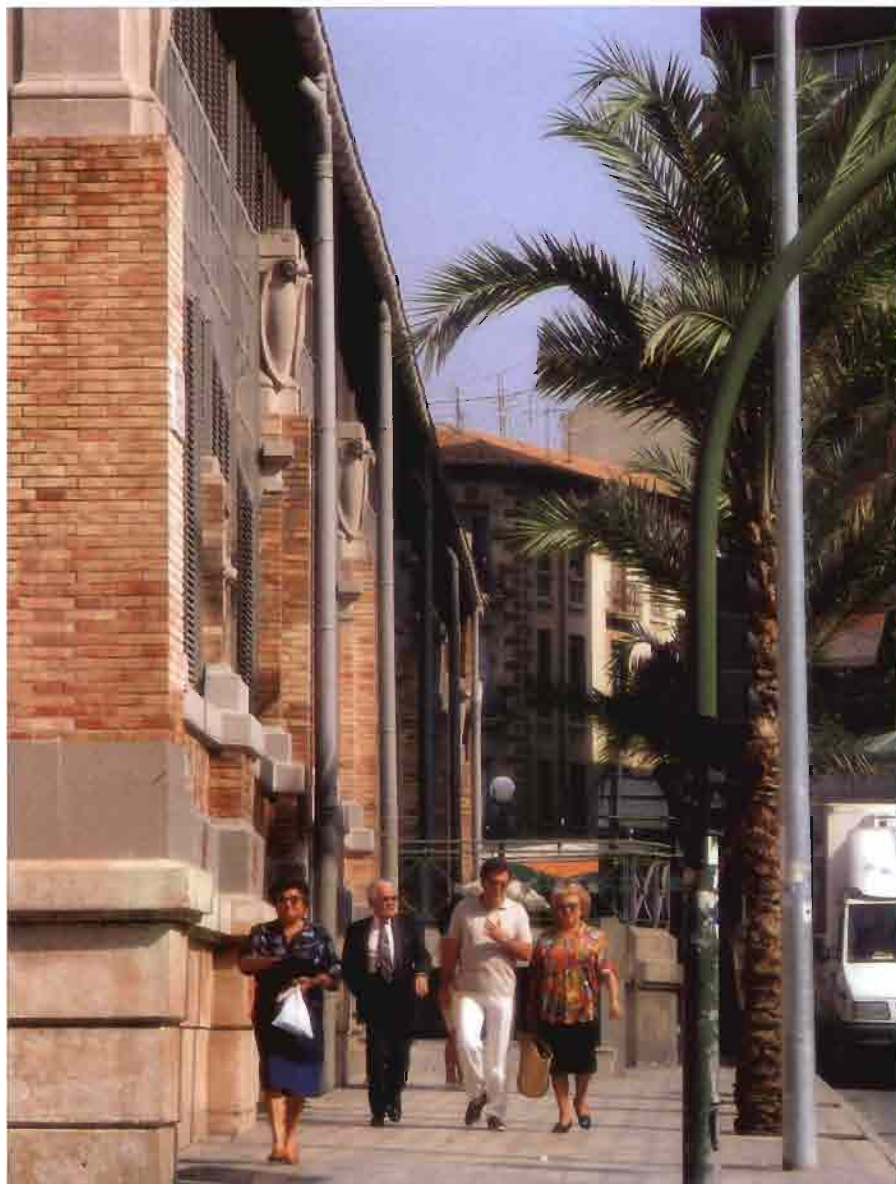
perdiendo la vista a ojos no vistos, decía sonriéndose.

Se colgó de su brazo y caminaron hasta los ascensores por la galería exterior. Bajaron a la calle y se dispusieron a dar, despacio, despacio, sin presura, el largo paseo que les separaba del Mercado.

- Hoy te voy a dar de comer cocochas, invitó Filo; Amelia, la pescadera del Mercado, me dijo que hoy me las guardaría; como no es plato del país, lo pide muy poca gente. Y me tendrá preparada la mejor morralla para hacerte un espléndido arroz a banda, que eso sí que es comida del país y, además, te entusiasma.

El camino del Mercado era una delicia de recuerdos, sugerencias, anécdotas y ocurrencias desgranadas una tras otra en un torrente alegre, vivo y radiante de palabras confiadas.

- La primera vez que me acompañaste, hace ya un montón



de años, te dije que el Mercado era el pulso de la Ciudad. Para conocer una población no puedes dejar de ver el edificio, su mercancía, sus vendedores. Y también sus compradores. Y escuchar a todos. Cada puesto de venta tiene su carácter y a la vez su rito. Todo ello forma parte de la idiosincrasia local.

- ¿Algo así como una estructura sociológica?

- Y económica. Evidentemente, el Mercado es un estrato importante de la Ciudad, todo el mundo pasa por él. Y el que no lo conoce no conoce del todo a la sociedad con la que convive.

- Al Mercado solamente van las amas de casa, apuntó el hombre displicentemente, -los intendentes de colegios y conventos y algún ratero que va tras los bolsos de las señoras más cándidas.

- No, hijo, van las amas de casa, claro, pero cada vez más los maridos. Y hoy, que los matrimonios jóvenes se reparten las tareas de la casa, ves a muchísimo muchacho seleccionando puesto donde comprar y, una vez determinado éste, escogiendo el artículo. Qué elegir es circunstancia que te ofrece el Mercado como ningún otro modo de comercio; es una merced o recompensa y, por algo, merced y mercado son palabras que derivan de mercancía, y ésta no es otra cosa que el producto que se viene a ofrecer, a exponer, a "mercadear" a las lonjas y

plazas que fueron objeto primero de las mercedes de los Reyes al privilegiar a una ciudad en las exenciones a sus ferias y mercados. Y además de lo bueno que es para nosotros decidimos por una mercancía, es bueno también elegir el precio. Te aseguro que mi norma de conducta al llegar a una localidad por primera vez, ha sido visitar su mercado de abastos y su lonja; ése es mi modo de entrar en contacto, piel a piel, con el conglomerado social con el que me voy a relacionar.

El hombre asentía con admirada ternura. La charla amena, atractiva, culta, de la anciana, acortaba distancias, a ambos se les antojaba breve la caminata y sin darse cuenta estaban ya en el otro extremo de la playa del Postiguet, en la parte más cercana de la Explanada.

Habían llegado al "Punto de Encuentro 2" y el andén del Paseo Marítimo era un hervidero de gentes caminando muy despacio, arrastrando los pies a veces desnudos, era un bullir de tenderetes de emigrantes africanos que ofrecía toda suerte de objetos a trescientas pesetas. Junto a relojes de buceo, había plumas estilográficas, cinturones de cuero marroquí, gafas, pendientes, pulseras, juegos de herramientas, hachas, juguetes infantiles y cajas de música.

Las terrazas de los cafés y bares del Paseo, a pesar de la temprana hora, estaban casi llenas, el kiosco de prensa empe-





zaba a estar apretadamente solicitado, la central telefónica de la playa, que abría en primavera y no cerraba hasta después de septiembre, ocupaba a esta hora todas sus cabinas, y la playa contigua estaba atestada, a todo lo ancho del Paseo hasta el borde del mar, de hombres, mujeres y niños, sobre todo de mujeres y niños corriendo, moviéndose, gritando, dispuestos a amortizar la estancia en la ciudad alicantina todo el tiempo de la vacación estipulada. El sol brillaba a todo lo largo de la orilla, a golpes de luz hendida por las siluetas de los bañistas adentrándose en el agua.

Filo y su acompañante cruzaron la Explanada hasta la calle Mayor para desembocar en la Rambla de Méndez Núñez. Era su camino de siempre, siempre hecho despacio, muy de quedo, muy saboreando la mañana, el sol y la palabra. En cuanto llegaron a Mayor, tomaron por la acera con sombra de los números pares. Al pasar por la fachada trasera del Ayuntamiento, un paisano se acercó:

- Buenos días, doña Filo, saludó cordialmente.

- Hola, buenos días, contestó ella sonriente. Siguió su camino y preguntó a su acompañante: -¿Sabes quién es?-

- Sí, creo que es un policía municipal que hace versos. Lo he visto alguna vez en tu casa con su mujer y una hija un poco bizca.

- ¡Ah, ya sé quién es! Ahora reconozco su voz. Siempre, al llegar a esta zona del Ayuntamiento, que tanto me recuerda a

Antigua, encuentro a alguien conocido.

En ese momento saludaron desde la acera de enfrente:

- Buenos días, Doña Filo. Está usted guapísima. No pasan los años....

Después de responder afablemente, comentó: -Esta vez no sé quiénes son. Algunas personas, hace tanto tiempo que no las veo, que he olvidado su timbre de voz y por más esfuerzos que hago por reconocerlas no lo consigo.

- Eso te pasa porque no eres ciega, simplemente ves muy poco. Si no vieras nada, habrías educado más tu oído. Por contra, tienes un olfato de perro pachón.

- Eso sí que es cierto, respondió complacida la mujer. Si yo fuera hombre, sabría cuando la mujer está en celo, bromeaba riéndose con picardía.

- De todas formas, Filo, te habrá servido tu olfato para controlar a Matías.

- No. En ese punto, el olfato no servía para nada. El era quien llevaba el control. Cuando sentía el amor, lo transcendía.

- ¿Y cómo?

Hizo una pausa. Entornó los ojos y sonrió ladeando la cabeza. Y en voz muy baja:

- Tenía unas manos prodigiosas, decía la anciana con ensoñación.

Casi se deslizaba por el brillante enlosado de la calzada de la zona peatonal, habían pasado por la concatedral de San Ni-



colás y llegaban a la Rambla, avenida construida para las procesiones y los desfiles. Los coches y los autocares anegaron la arteria urbana, con sus motores, de semáforo en semáforo. Filo no pudo evitar estrechar apretadamente el brazo de su joven amigo buscando protección ante el estruendo civilizado de una calle en ebullición tras la calma y el casi silencio de las estrechas rúas sin tránsito rodado.

te puedes sentar.

Esperaron poco. Enseguida llegó el autobús blanco, el número 2 que pasa por la casa y la estación del "trenet" cada cuarto de hora. Filo subió, ayudada por su acompañante. Se quedaron de pie, junto al conductor. Un muchacho muy joven, casi un adolescente, ofreció el asiento a la señora.

- Oh, muchas gracias, joven, pero nos bajamos enseguida.

Estaba todavía contestando al muchacho cuando el autobús viró hacia la Avenida de Alfonso Décimo y paró a pocos metros del Mercado de Abastos.

- Ya estamos, dijo alegremente Filo. Ayúdame a bajar, dame la mano y no te me sueltes, decía con una amplia sonrisa. No. No me lles por la puerta principal. Vamos hacia la lateral de la calle de Calderón de la Barca, que tiene menos escaleras.

Al entrar, Filo dijo aspirando profundamente: -me gusta el olor a mercado. Aquí todo está fresco; o acaba de ser sacrificado o arrancado de la tierra o pescado del mar vecino. Todo es reciente, y se trae para ser vendido en el día; todo es, como dicen los economistas, mercancía perecedera. Lo que hay, es para hoy, filosofaba. Excepto los congelados, añadía. Y las conservas, reía.

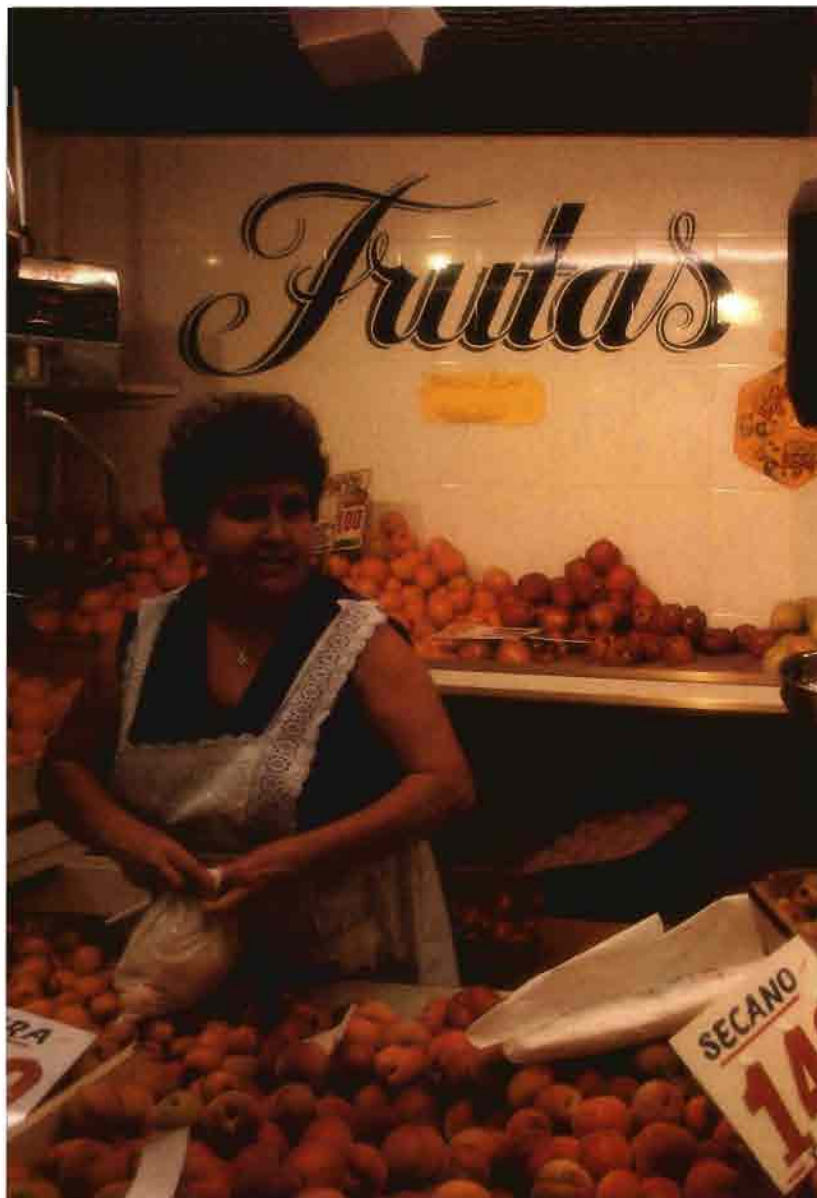
- Y las botellas de vino y aceite. Que también las hay, o las debe haber, bromeó él.

Cerca del puesto de pescado de Amelia, de quien Filo era cliente habitual, habla un movimiento inusitado, voces que se alzaban unas sobre otras, un hombre que gritaba su indignación contra algo que le encorcoraba, contra alguien a quien insultaba, a quien, las personas que estaban a su alrededor, trataban de calmar. Por encima del corro de curiosos, sobresalía la gorra de un policía municipal al que varias personas se dirigían, protestaban y hablaban a la vez. No había manera de atravesar aquel pasillo.

- Pero, ¿qué pasa?, ¿qué es toda esa barahúnda?, preguntaba Filo, y nadie contestaba.

- Anda, vete a preguntar, te espero aquí, le dijo a su acompañante.

- Nada de eso. Esto es un desbarajuste y tú no te quedas sola. Vente conmigo. Me parece que algo ha ocurrido en el puesto de Amelia. Vamos a dar la vuelta por el otro corredor, ven. Y se fueron juntos mientras continuaba el desorden.



- De aquí al Mercado sólo hay un trecho de autobús. Si te apetece, lo tomamos hasta la esquina de Alfonso Décimo, justo junto a donde vamos. ¿Te parece?

- Sí, contestó Filo. La Rambla, hacia allá, es cuesta arriba y me fatiga. Me parece muy buena tu idea.

- Pues la parada la tenemos aquí mismo. Vamos a esperar,



Aquella parte del Mercado olía a pescado, a marisco recién. El edificio, reformado hacía poco, era como un ágora chispeante que transmitía las voces vívidamente lanzándolas en una suerte acústica propia de un auditorio musical de modo que los diálogos, los susurros, y mucho más los gritos, recorrían pasillos, paredes, puestos, techos y vanos y salían por las puertas a diluirse en las tres calles lindantes y en la plazoleta o mercadillo interior de flores y plantas. Sólo el olor permanecía flotando, casi estático, aquietado, para reponerse con el aco- pio cotidiano de mercancía renovada.

En el puesto de Amelia, estaba su hijo:

- Buenos días, doña Filo, que han robado a mi madre. Ha sido en un momento en que ha dejado solo el puesto. Parece ser que saben quién fue. Alguien ha visto rondar al "Pimpollo".

- ¿Y quién es ese "Pimpollo"?- Un ratero que nos frecuenta. Sólo hay dos sitios en donde se le pueda encontrar, en el Mercado o en el calabozo de Comisaría.

- ¿En dónde está tu madre?, se interesaron.

- Ahí, en ese grupo, dando explicaciones al guardia. Ahora vendrá.

- ¿Le han robado mucho?, preguntaron.

- Lo que tenía más cerca del mostrador; varios paquetes de encargo que había preparado.

- ¡Estará buena!, exclamó la anciana.

- Con lo que es ella, me dirá usted; tiene una corajina que tiembla el misterio.

- Bueno, pues mientras se le pasa, dijo el acompañante de Filo, podemos hacer la compra dentro del recinto. Luego volvemos a ver a tu madre, antes de regresar a casa. ¿Te parece, Filo?

- Me parece.

Se despidieron hasta luego del hijo de Amelia y se fueron los dos pasito a paso, parando aquí, preguntando un poco más allá, deteniéndose a curiosear, cotejando precios, comparando calidades y tamaños, comentando con el dueño del puesto y escuchando su opinión sobre los productos que él, o ella, vendían, primero en la planta de arriba, luego en la baja, más tarde en la de congelados para, finalmente, dedicar un buen rato a las flores, matas y arbustos, y contemplar los cro- tos, las acalifas, las aralias y alegrías, las azaleas ya florecidas, las violetas africanas, los ficus, los potos y los hibiscus, o sea, lo que era la pasión de Filo y de sus vecinas más íntimas, que en



ello encontraban afinidades y rivalidad.

A la vuelta de la compra llegaron sin dificultad, a pesar de los numerosos bolsos que llevaban en las manos, hasta el puesto de Amelia, y pasaron por el lugar en el que el grupo de curiosos y de gente que protestara alrededor del guardia municipal ya se había dispersado.

la. -Y, de todas maneras, tengo una morralla divina para el caldero del arroz a banda que quería hacer usted. Y eso no se lo ha llevado el granuja ese. ¿Le hace a usted, doña Filo?

- Por supuesto, Amelia. Supongo que habrá escogido lo mejor de todas las morrallas que se han pescado esta noche, sonrió Filo con alegría no contenida.



- ¡Ay, doña Filo!, se lamentó Amelia, al verla llegar. -No sabe usted que disgusto más grande. Ese hermanastro de Sata-nás, hijo de zorra, sinvergüenza, hijo de perra.... Y no quiero seguir por respeto a usted, doña Filo. ¡Ay, que lástima más grandel, tanto tiempo preparando con todo el cariño las cocochas, sacando las barbadillas de la cabeza de cada merluza, para que ese hijo de puta se las lleve...¡Ay, doña Filo!, ya me perdonará usted, pero estoy de un cabreo que me cisco en todo lo barrido....

-Cálmese, Amelia, le sosegó la nonagenaria. -Todas las cocochas del mundo juntas no compensan que se solivante de esa manera. Déjelo, Amelia, déjelo, no se preocupe, ocasiones habrá como granos de arena en el Postiguat.

- Eso sí que es verdad, doña Filo, "habrán" ocasiones, que sí; y un chulo como ese "Pimpollo" no merece que nadie pene por sus ladronerías, decía la pescadera con la voz más tranqui-

- Si, señora, lo mejor, lo más sabroso y lo más sustancioso, mire.

Y mientras iba separando pieza a pieza, las iba nombrando con verdadero deleite:

- Mire, mire, doña Filo, una araña, un mujol, un par de gallinas, algunos cabotes, y cintas, y varias cabezas de rape, que eso sí que deja sustancia al caldero; también algunos cangrejos, y hasta algunos salmonetes muy pequeños. Y con el pedazo de cocinera que es usted, le va a salir un arroz a banda para chuparse los dedos.

La jábega de Amelia navegaba ya por un mar con calma chicha. Concentrada en su cortar y arreglar pescado, preparó para doña Filo un par de crancas peludas de las que habían aparecido en el arte de pesca de su marido a última hora de la madrugada. Doña Filo exclamó su alegría con la naturalidad que le era habitual y dio noticia a su acompañante de las ca-



racterísticas del crustáceo, de sus diferencias con los centollos y de su sabor más intenso a mar.

- Me quedé sin cocochas; tanto pensar en ellas toda la semana para que se las lleve un indocumentado que ni siquiera sabe qué son y muchísimo menos como se cocinan, se lamentaba Filo al salir del Mercado.

- No te puedes quejar, mujer. Ha sido una mañana espléndida y completa. Hemos paseado, hablado de todo lo divino y humano y además al sol, hemos asistido al increíble espectáculo de ver enfadada a Amelia y, por añadidura, de las dos cosas que habías encargado, te han dado una y, otra que no esperabas, como las crancas, la has tenido a cambio de las cocochas. No te puedes quejar.

- Verdaderamente, contestó ella. - Tienes razón, otro día tendremos las cocochas. Y ahora, con lo cargados que vamos, sobre todo tú, con la compra de toda la semana a cuestas, ¿cómo vamos a hacer?.

- Vamos a tomar el autobús blanco. Y si tarda mucho, te invito a taxi.

Cuando llegaban a la parada, en ese momento preciso, el bus arrancaba. El hombre echó a correr para avisar al conductor, pero iba demasiado cargado y no le dio tiempo a llegar a verlo. Volvió jadeando hasta la anciana:

- ¡Ea, Filo!, a buscar un taxi, dijo sofocado.

Mientras regresaban en el vehículo, un Talbot Horizon de gasoil, con más de cuatrocientos mil kilómetros según les explicó el conductor previamente, no cesaron de hablar los tres, tripulante y pasajeros, del Mercado, de la delincuencia, de la política, del turismo, para llegar a un tema en el que no pudieron pasar de la superficie, la gastronomía, porque estaban llegando al Edificio La Marina.

Allá arriba, en la terraza de la planta octava, frente a una mar poblada de velas blancas y de colores y de alguno que otro buque carguero comenzando su singladura desde el puerto hacia el horizonte, mientras dirigían la vista por encima de la estación del ferrocarril de vía estrecha, de la que salía un pintoresco trenecillo a las horas y cuarto y llegaba a las horas redondas, hasta la superficie azul que lanzaba en destellos cegadores el resplandor de mediodía, Filo y su acompañante daban buena cuenta de un arroz a banda delicioso y de unas crancas exquisitamente preparadas sobre las que vertían la anécdota divertida, la peripecia y el recuerdo inmediato de una mediterránea mañana de mercado.

□

IÑIGO DE ARANZADI. Periodista y escritor.

Correspondiente de la Real Academia Española.

Ha publicado varias novelas, libros de cuentos y de poemas.

